

LA PASIÓN POR EL CONOCIMIENTO

Dice Alejandro Jodorowsky: "Si quieres cambiar al mundo comienza por construir una casa perfecta en la ciudad donde vives". "Una casa", nuestro propio cuerpo, por extensión todo lo que somos, es lo que debe cambiarse para que todo se transforme. Pero sucede a la inversa, antes que la casa pensamos en un diseño para el mundo o la ciudad. Lo último es fijarnos en nuestro ser, en nuestra realidad.

En la escuela, el maestro querrá cambiar a la familia, al alumno, al contenido de las materias, al nombre con el que éstas se presentan; el alumno atribuirá sus malos resultados generalmente al maestro. Cómo reconocer nuestros defectos, nuestros aciertos, las herramientas con las que contamos para trabajar eficazmente. Todos somos parte del barco y cada uno debe empeñarse en su trabajo. No hay ocupaciones menores, unas más importantes que otras, la virtud es hacer que nuestra obra nos refleje. La ciudad será un reflejo de nuestra casa.

Quisiera, pues, en este ensayo, reflexionar sobre la búsqueda de una perspectiva. Me agrada para empezar, la posibilidad de encontrar una ciudad ideal o, si queremos nombrarla nostálgicamente, una utopía. Hoy dudamos que hallamos venido para ser felices. Nos basta estar, cumplir nuestras obligaciones utilitariamente, pero qué bien nos haría aspirar a más, a, por ejemplo, ser seres humanos completos.

Fernando Savater ha escrito que esa es nuestra tentativa, nuestro proyecto, no se nace sabiéndolo todo, es entonces cuando nos falta la escuela, cuando reconocemos que necesitamos aprender en sociedad, de los vivos y de los que



ya no están. Ser humanos, hombres que piensan, es nuestra búsqueda.

No se es mejor vistiendo de otro modo, no se es buen alumno o buen maestro estando en una escuela de prestigio. Es la conciencia y la acción, el uso del pensamiento, lo que nos define y, tanto maestros como alumnos, somos estudiantes. Queremos saber (si prefiere, lea la frase anterior de forma interrogativa). Nuestro trabajo no tiene fin, debemos entonces perder toda esperanza de terminar de aprender. Pero está de moda creer que cursar una carrera es todo lo que vale. Esa es nuestra aldea y en ella somos terriblemente vanidosos. Entre más aprisa vayamos es mejor, entre más tengamos más felices parecemos. Nuestro hábito nos ha hecho monjes.

Ignoramos, como escribe José Saramago, que "desear es la mejor manera de tener y tener es la peor manera de desear". Los malos ejemplos nos los ha dado mucha gente, comenzando por el Rey, ocupado en la puerta de los regalos y nunca presente en la puerta de las peticiones. Algunos quisiéramos un barco, sólo un barco, para ir en busca, oh Saramago, de la isla desconocida.

Algunos, como en el relato al que me refiero dirán que no existen las islas desconocidas, que ya todas están en los mapas; otros se quedarán en la primera tierra que encuentren, "siempre que haya un puerto donde fondear, una taberna donde beber y una cama donde folgar".

Pero a pesar de todo, la Isla Desconocida se puede hacer "a la mar a la búsqueda de sí misma".

En la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, sor Juana cuenta cómo aprendió a leer. Viendo que le daban lección a su hermana dice, "me encendí yo de tal manera en el deseo de saber leer, que engañando a mi parecer, a la maestra, le dije que mi madre ordenaba me diese lección". Por entonces sor Juana no había cumplido los tres años. Cuántos estudiantes (y recuérdese que aquí van incluidos los maestros) podrían decir ahora que se encendieron en el deseo de saber. Me abruma la apatía, la pereza que gravita en el salón de clases, la autosuficiencia con la que ahí se está. Se engaña, pero para no tener clases, para decir que ya se sabe.

A los seis o siete años sor Juana oye decir que había Universidad donde se estudiaban las ciencias y ruega insistentemente a su madre para que la lleve, "mudándole el traje". Compárese tal cosa con la situación presente donde aún sobrevive lo que Simone de Beauvoir llamara el mito de Cenicienta. Las muchachas esperando que venga el príncipe azul y las rescate, padeciendo, entre tanto, lo que les parece un discurso vacío, teoría sin aplicación.

¿Quién pudo apartar de los libros a sor Juana? En *La carta...* dice que lo consiguió una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición. Pero a falta de libros "estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal". Los tres meses que sor Juana estuvo lejos de los libros debieron parecerle una eternidad, la misma que muchos emplean en llegar a un libro cuya riqueza no





aprecian, como no comprenden los significados de la máquina universal.

Pareciera que todo funciona al revés, quien se rodea de libros es un pedante, quien pretende saber es ingenuo. Pero buscar un libro supone humildad y reverencia, es casi partir del supuesto socrático: "yo sólo sé que no sé nada". Sócrates, por cierto, fue uno de los grandes maestros orales de la humanidad y sigue vivo, sus lecciones nos llegan a través del tiempo, somos sus discípulos después de Platón, en quien aprendemos cada vez que abrimos los *Diálogos*.

Quisiera recordar dos episodios en la vida de sor Juana pues dan idea de su pasión por aprender. Uno de ellos, cuando se niega a comer queso porque oyó decir que "hacía ruidos"; otro, cuando se corta de cuatro a seis dedos de cabellos si no sabía tal o cual cosa de gramática. Es necesario recordarlo porque estudiar exige sacrificio, trabajo solitario, nada de vanidad.

Con tantas facilidades como existen, la proximidad de la Universidades, las computadoras, los infinitos libros, falta lo esencial: tener hambre de saber, querer desprendernos de nuestra condición de agua y tierra, soñar, como sor Juana y Faetón, que podemos conducir los caballos del sol.

Cuando los soldados hicieron burla, entretenimiento y diversión de Nuestro Señor Jesucristo trajeron una púrpura vieja y una caña hueca y una corona de espinas para coronarle por rey de burlas. Pues ahora, la caña y la púrpura eran afrentosas pero no dolorosas; pues ¿por qué sólo la corona es dolorosa? ¿No basta que, como las demás insignias, fuese de escarnio e ignominia, pues ese era el fin? No, porque la sagrada cabeza de Cristo y aquel divino cerebro eran depósito de sabiduría; y cerebro sabio en el mundo no basta que esté escarnecido, ha de estar también lastimado y maltratado; cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona de espinas.

Esto viene al caso porque no se hace nada sin un premio, sin una calificación, sin un título. Esperamos demasiado por lo poco que hacemos. ¿Y si el premio fuera el hacer? ¿Y si nuestra tentativa ya fuera lo suficientemente placentera que no necesitáramos de aplausos? ¿Y si la riqueza estuviera dentro de los hombres, dentro de Sócrates y no en su túnica ni en su cara poco agraciada?

Quizá entonces muchos castillos se derrumbarían, no habría sofista que no se estremeciera. Luego se quejarían de que el filósofo corrompe a la juventud. Sócrates inventó la crítica y Atenas, tan civilizada, terminó dándole muerte.

Nosotros anulamos toda inquietud, desterramos al poeta de nuestra república, no queremos islas desconocidas. Prometemos comodidad a quienes se acercan a los libros, pero ellos son: inquietud, voces de los mejores espíritus, platos para el festín, acicates, maestros, creaciones sagradas, formas de la felicidad. En la escuela los libros siguen siendo el recurso más precioso, oro puro, para quien quiere saber.

En seguida de la pasión, que vence toda prueba, quizá deberíamos fortalecer los hábitos, especialmente el de la lectura, que pone en manos del estudiante el aprendizaje. No resolverles la vida, no darles en bandeja el conocimiento, sino enseñarlos a aprender.

También enseñarlos a reflexionar, a desprenderse de prejuicios y de respuestas instintivas. Aclarar que estar dentro del aula no nos protege del trabajo; al contrario, nos induce a pensar, a formarnos un criterio de las cosas.

Las horas de clase son una mínima parte del tiempo que es necesario dedicar para aprender en serio, quien se inscribe en una escuela es como el barro que se amasa con lágrimas, no está terminado, siempre está comenzando, se busca eternamente. LC